

Il Signore esaudì il suo desiderio di “nascondersi e scomparire” anche nell'*iter* che condusse all'ottenimento della configurazione giuridica adeguata al carisma dell'Opus Dei. Il Fondatore predispose con cura tutti gli studi necessari per presentare, al momento opportuno, la relativa richiesta. Ma contemplò dal Cielo l'erezione canonica dell'Opus Dei come Prelatura personale di ambito universale, al servizio della Santa Sede e delle chiese locali, in conformità con ciò che, nella sua infinita bontà, il Signore gli aveva mostrato il 2 ottobre 1928, spingendolo a ricordare a tutte le anime la chiamata universale alla santità, ognuna nel posto che occupa nel mondo.

Sulla rivista “Palabra” (num. 326, maggio 1992, pp. 62-67), con il titolo “Josemaría Escrivá de Balaguer, sacerdote para servir a todos”, Mons. Javier Echevarría ha pubblicato il seguente saggio sul Fondatore dell'Opus Dei.

Josemaría Escrivá de Balaguer, Sacerdote para servir a todos

A finales de abril de 1927, un joven sacerdote aragonés llegaba a Madrid procedente de Zaragoza, donde un par de años antes, el 25 de marzo de 1925, había recibido la ordenación presbiteral. Con el permiso de su Ordinario, acudía a la capital para hacer los cursos de doctorado en Derecho, que entonces sólo podían realizarse en la Universidad Central. Esta institución, la única de su género que por entonces había en Madrid, tenía su sede en un rancio caserón de la calle de San Bernardo. El nombre de ese joven sacerdote era Josemaría Escrivá de Balaguer: la Iglesia lo proclamará Beato dentro de pocos días, diecisiete años después de haber fallecido en Roma.

Entre la correspondencia que Josemaría Escrivá de Balaguer mantuvo en aquellos primeros meses de estancia en Madrid, se han encontrado cartas de antiguos profesores y compañeros suyos de las aulas cesaraugustanas, pidiendo al amigo de la capital que realizara en su favor las más diversas gestiones: desde conseguir un libro o los apuntes de una asignatura determinada, hasta obtener información sobre los cursos de doctorado. A todos esos ruegos, el futuro Fundador del Opus Dei respondía con premura, gozoso de poder prestar un servicio a aquellas personas con las que había convivido más o menos tiempo.

Es un hecho pequeño, pero significativo del talante amable de Josemaría Escrivá de Balaguer, que desde niño manifestó un acendrado espíritu de servicio, destinado a acrecentarse sin cesar a lo largo de toda su existencia. *Mi orgullo es servir*, repetiría luego innumerables veces, enseñando a sus hijas e hijos del Opus Dei, y a millares y millares de hombres y mujeres en el mundo entero, esta disposición esencial del espíritu cristiano.

En su hogar de Barbastro, el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer recibió las primeras lecciones de servicio a Dios y a los hombres. Las aprendió de sus padres, cristianos ejemplares, que en toda ocasión mostraron —como han manifestado testigos oculares— una habitual disposición de servicio a los demás. En su padre, don José Escrivá y Corzán, vio un ejemplo de caballero cristiano, hondamente preocupado por las necesidades espirituales y materiales, no sólo de su propia familia, sino también de los empleados de la pequeña industria de la que era co-propietario, y de las comunidades religiosas de la

pequeña ciudad alto-aragonesa donde residía. En su madre, doña Dolores Albás, contempló una imagen fiel de mujer cristiana, discreta, piadosa sin beatería, que —de acuerdo en todo con su marido— sabía educar a sus hijos en la libertad y responsabilidad personales, inculcándoles los altos ideales predicados por Jesucristo. Con el paso de los años, Josemaría repetirá una frase que le decía a menudo su madre, cuando él —niño de pocos años— se escondía debajo de la cama para no saludar a las señoras que iban de visita a la casa: *Josemaría, la vergüenza sólo para pecar*. Tenazmente grabada en su mente quedó esta enseñanza, que tanto bien ha hecho a innumerables almas de los cinco continentes, cuando predicaba a los cuatro vientos la necesidad de ser muy sinceros con Dios, consigo mismo y con los demás, sin dejarse jamás dominar por una falsa vergüenza, que tantas veces paraliza las mejores energías e impide gastarse generosamente en el servicio de Dios y de las almas.

En aquel hogar corriente —ni beato ni frívolo: normal, cristiano—, Josemaría fue formando su personalidad de acuerdo con la doctrina y con el ejemplo que recibía. Aprendió a amar la renuncia y la abnegación, a apreciar las cualidades buenas que veía en otras personas y a aprender de ellas, a valorar la amistad, a saborear la alegría de compartir la propia abundancia —espiritual o material— con los necesitados, a dar limosna con señorío, sin hacerlo notar ni pesar... En definitiva, a comportarse con esa naturalidad cristiana que no conoce otro temor o vergüenza que el de ofender a nuestro Padre del Cielo.

Fruto de esta educación familiar, confirmada por las instrucciones de sus maestros en las dos escuelas que frecuentó, fue su instintiva repulsa hacia toda clase de incompreensión o falta de justicia. *No sé soportar la injusticia sin protesta, proceda de donde proceda*, solía comentar. Y añadía que, cuando veía a alguna persona maltratada, con las palabras o con las obras, o peor aún, injustamente abandonada a *la crueldad de la indiferencia*, experimentaba la necesidad imperiosa de ponerse al lado del desvalido, para correr por amor de Cristo la suerte que él corriera.

Estas reacciones de Josemaría Escrivá de Balaguer desde su infancia, junto a una base natural adquirida, se producían a impulsos de la gracia, que preparaba desde los primeros momentos a un alma destinada a ser instrumento para la realización de una labor divina. El Opus Dei, en efecto, habría de difundir este afán de servicio entre gentes de toda raza, nación y condición social; y habría de llevarlo a todos los lugares como parte esencialísima del espíritu cristiano, que incluye entre sus componentes principales un mensaje de tolerancia, de respeto mutuo y, más aún, de auténtica fraternidad, que se fundamenta en la espléndida realidad sobrenatural de la filiación divina en Cristo.

De este modo, diría que casi sin proponérselo, de una manera amable y natural, Josemaría Escrivá de Balaguer comenzó a vivir ya en los años de la infancia y la adolescencia el sacerdocio real de los cristianos, anunciado por San Pedro en una de sus epístolas (cfr. 1 *Petr* 2, 9), y que tiene como manifestaciones principales las propias del afán de servicio, tan claramente patentes en la figura de Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote, modelo y ejemplar de todos los cristianos, sean clérigos o laicos, llamados todos a cultivar en sus almas *los mismos sentimientos de Cristo Jesús* (cfr. *Fil.* 2, 5).

Es bien sabido que el Señor concede a cada alma las condiciones humanas y sobrenaturales que mejor se adecúan a la misión que desea confiarle; cualidades que cada uno, impulsado y ayudado por la gracia, debe empeñarse en hacer fructificar en la batalla diaria. Entre las cualidades que Josemaría Escrivá de Balaguer, por disposición divina, debía poseer y cultivar para desempeñar con fidelidad su misión, resalta ésta: saberse servidor de todos. Además de contemplar cotidianamente ese espíritu en su hogar, lo

aprendió sobre todo en el Evangelio. ¡Cuántas veces, por los años 20, mientras se preparaba con la oración, el estudio y la penitencia para cumplir la Voluntad de Dios, cuando El se la manifestara, meditó unas palabras que definen el más hondo sentido de la misión de Jesucristo en la tierra!: *el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en redención por muchos* (Mt 20, 28). Con el Evangelio en la mano y bien impreso en el corazón, tratando de hacerlo carne de su carne y vida de su vida, Josemaría Escrivá grabó en su inteligencia y en su voluntad las más sublimes lecciones de servicio a Dios y a los hombres.

Atravesamos tiempos en los que la palabra *servicio* está prácticamente borrada del diccionario de uso corriente; y cuando se utiliza, no son pocos los que irónicamente imaginan que es la tapadera de ambiciones inconfesables. ¡Tan escasamente han calado esas gentes en la vida de Cristo, que fue toda entera —segundo a segundo, desde el pesebre a la cruz— un *servicio* a la humanidad! Para Josemaría Escrivá de Balaguer, en cambio, servir era un término que ponía en vibración las fibras más hondas de su ser. Ya desde chico, como he señalado, había descubierto el tesoro de servir de buena gana a los demás. Más adelante, para disponerse lo mejor posible a cumplir la Voluntad de Dios, decidió hacerse sacerdote, sin detenerse ante las exigencias que esa determinación comportaba: el alejamiento de su familia, tan querida; la renuncia a planes para el futuro que a los quince o dieciséis años estaba ya forjando... No puedo omitir que también esos planes profesionales estaban impregnados de deseos de servir a los demás. Soñaba, por ejemplo, con ser arquitecto, como ejercicio de un arte y como medio para fomentar el bienestar de las familias y de la sociedad.

Deseo destacar que, aunque extraordinaria en sí misma, la llamada divina le llegó de un modo ordinario. El episodio que puso en movimiento las ansias de su alma y le encaminó por senderos de servicio abnegado y total no se presentó como algo fuera de lo común: las huellas de los pies descalzos de un fraile carmelita sobre la nieve fresca. Lo extraordinario fue la respuesta de ese adolescente a una señal que también otras personas debieron sin duda advertir, en aquel frío día del invierno logroñés de 1917-18. Sin embargo, no se sintieron removidas, como lo fue Josemaría en lo más hondo de su alma, por ese acontecimiento en apariencia intrascendente. *¿Qué hago yo por Nuestro Señor?*, fue su reacción inmediata. De ahí arranca su decisión de entregarse a Dios en el sacerdocio, como preparación necesaria —así lo percibía claramente, ya en esos momentos— para *otra cosa* que el Señor le haría *ver* en el momento oportuno.

Con la vocación sacerdotal, Josemaría Escrivá de Balaguer sintió acrecentarse en su alma las hambres de servicio. Como precisa la Sagrada Escritura, el sacerdote, *escogido entre los hombres, está constituido en favor de los hombres* (Hebr 5, 1). Si se separa de ellos, es para estar más cerca, para hermanarse con ellos —con cada alma— mediante vínculos más fuertes, ya que el sacerdote, de un modo peculiar y propio, hace en esta tierra las veces de Cristo Sacerdote, que se abajó hasta la entrega total de su vida por amor de sus hermanos los hombres. Con el fuerte aliento del ejemplo del Maestro, Josemaría Escrivá se propuso actuar siempre *in nomine Domini* y se dedicó sin reservas a su sacerdocio. Desde el primer momento tuvo claro que todo —familia, proyectos, gustos, situaciones...— había que supeditarlos a los planes de Dios. Plenamente consciente de que el sacerdote es instrumento privilegiado de la gracia de Dios, procuró siempre conservarla y dilatarla en su alma, para poder distribuirla a los demás sin poner ningún obstáculo.

En su sacerdocio, imitando a su Maestro y Señor —*¡Cristo mío!*, le llamaba con dulzura y admiración—, amó a todos, también a los que se proclamaban enemigos de su persona o de su tarea; y por ellos —por cada uno— rezó a diario, ejercitando con

plenitud su alma sacerdotal. Me consta que jamás se sintió enemigo de nadie; quiso bien a todos y los sigue queriendo desde el Cielo. Esa fue y es su moneda de cambio con quienes han pretendido o pretenden denigrarle.

El 2 de octubre de 1928, fecha fundacional del Opus Dei, Josemaría Escrivá se supo clara e inequívocamente llamado por Dios a prestar a la humanidad entera un servicio estupendo: el de recordar a los cristianos la inmensa dignidad a que han sido elevados por la gracia de la adopción divina, hasta el punto de estar todos ellos llamados a alcanzar la santidad —una santidad *de primera*, solía precisar—, que la mayoría habrá de buscar sin salir de su sitio: de su estado, de su lugar de trabajo, de su puesto en el mundo.

Sea de profesión intelectual o manual, enfermo o sano, hombre o mujer, joven o entrado en años..., cualquier cristiano debe escuchar la llamada de Cristo, dirigida a él personalmente: *sed vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto (Mt 5, 48)*. En transmitir esta llamada, trazando además un camino claro y transitable para darle cumplimiento práctico, trabajó Josemaría Escrivá de Balaguer, con la gracia de Dios, hasta el último día de su existencia terrena. Y desde el primer momento puso al servicio de esta misión —al servicio de Dios y de los hombres— todas sus cualidades naturales y sobrenaturales.

Josemaría Escrivá no perdió jamás de vista la vivísima conciencia de ser un instrumento —sólo instrumento— en manos de Dios, para hacer el Opus Dei en la tierra. Toda su vida, los años que preceden a esa fecha y los que vendrían después, quedó iluminada por la fuerte luz recibida en su alma la mañana del 2 de octubre de 1928. Una de las principales cualidades de un instrumento, si de veras ha de valer para la realización de un designio que le supera en todos los sentidos, es la plena subordinación a la causa principal, como el pincel en manos del artista (que es una de las metáforas preferentemente empleadas por el Beato Josemaría Escrivá al tratar de este tema). De nada serviría que el pincel fuera de la mejor calidad, si por un absurdo no se dejara manejar por el pintor, si pretendiera extender por su cuenta los colores sobre el lienzo.

En la realización de una labor de carácter sobrenatural como el Opus Dei, semejante impulso resulta absolutamente imposible. Es Dios mismo quien traza el diseño en su Eternidad inaccesible y es El quien elige el instrumento que ha de utilizar. Es El quien, llegado el tiempo previsto por su Sabiduría infinita, llena a la persona elegida de las gracias necesarias y convenientes para realizar su misión. Ciertamente, la criatura racional, haciendo un uso malo de su libertad, posee la triste capacidad de no secundar plenamente los planes divinos, de pretender lucir por su cuenta, de no querer ser, en definitiva, instrumento y sólo instrumento. Esta es la tentación más peligrosa que acecha a la criatura: la soberbia. Y éste fue el primer pecado que afeó la creación, el pecado de Lucifer. Por eso, la humildad, la plena convicción de la propia nada y, a la vez, de la omnipotencia de Dios, es requisito fundamental para secundar los planes amorosos de Dios en la historia.

Josemaría Escrivá de Balaguer llega a la gloria de los altares precisamente porque amó sin condiciones a Dios y a los demás; y ese amor se apoyaba en la humildad, en una humildad heroica. Humildad y amor que convirtieron su entera existencia en un *sí* decidido a la Voluntad de Dios. Naturalmente, antes de emitir su juicio, la Iglesia examina muy atentamente la vida de los Siervos de Dios, hasta llegar a la certeza moral de que practicaron todas las virtudes en grado heroico. Una de las más importantes, junto con la caridad, es la humildad, base y fundamento moral de todas las demás virtudes. Una humildad que, en el caso de Josemaría Escrivá, viene a ser una sola cosa con el espíritu de

servicio. Por eso, en su ascética, la humildad no aparece como apocamiento, como actitud tristemente sumisa, como dejación de derechos que son deberes, sino que conduce a servir lo mejor posible a Dios, a la Iglesia, a todas las almas, con un servicio eficaz, delicado y atento.

Este punto fundamental de su enseñanza se condensará en una frase que tiene las resonancias de un lema: *para servir, servir*. Para prestar un verdadero servicio, hay que formarse de la mejor manera. No basta que el instrumento se deje manejar por la mano del artista; se precisa también que sea de la mejor calidad posible, que aproveche a fondo sus cualidades buenas. Aquí está la raíz de la insistencia de Josemaría Escrivá de Balaguer en la absoluta y perenne necesidad de la formación humana, doctrinal, espiritual, apostólica y profesional de los cristianos, para que su acción en las estructuras temporales —en las que deben actuar a modo de fermento— sea eficaz y contribuya del mejor modo a la gloria de Dios y a la salvación de las almas.

La conciencia de que el cristiano ha de servir a la obra de la Redención, precisamente en el lugar donde la Providencia le ha colocado, aparece como una constante en la predicación del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer. Afirmaba: *un cristiano puede ser barrendero y ser muy santo delante de Dios y tener una eficacia extraordinaria. Otro puede tener una cátedra o ser ministro o presidente de una República y, si es tan santo como el barrendero, tendrá el mismo mérito, ni más ni menos; si es menos perfecto, desde luego valdrá menos. En el servicio de Dios, no hay oficios de poca categoría. Todos son de mucha categoría, si se realizan por amor*. De ahí que sea tan importante la tenacidad en el espíritu de servicio, el perseverar un día y otro en el propio trabajo o en la propia tarea, por amor de Dios y de los hombres por Dios, aunque en muchas ocasiones no se vean los frutos. Como el borrico que da vueltas a la noria. Es otra metáfora que Josemaría Escrivá, inspirándose en algunos textos de la Sagrada Escritura, utilizó frecuentísimamente para explicar el servicio que Dios quería de su vida. Baste, como ejemplo, un punto de *Camino*: *bendita perseverancia la del borrico de noria! —Siempre al mismo paso. Siempre las mismas vueltas. —Un día y otro: todos iguales*.

Sin eso, no habría madurez en los frutos, ni lozanía en el huerto, ni tendría aromas el jardín.

Lleva este pensamiento a tu vida interior (Camino, n. 998).

Rectitud de intención, buena preparación, perseverancia... y alegría en el servicio. ¡Con cuánto fino y firme tesón insistió el Fundador del Opus Dei, siguiendo las enseñanzas de la Sagrada Escritura, en que hay que *servir al Señor con alegría* (Ps 99, 2), en que *Dios ama al que da con alegría* (2 Cor 9, 7)! *¿Os imagináis vosotros que alguien os sirviera entre penas y llantos?*, solía comentar, subrayando así que un servicio que procede del amor se presta necesariamente de buen grado, con gozo interior y exterior, con agradecimiento por haber tenido la posibilidad de realizarlo.

Son sólo unos trazos de una característica de la vida heroica del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, un servidor de Dios y de los hombres, un sacerdote cuyo timbre de gloria era —es— servir a todas las almas, sin distinción, del modo específico que el Señor le había encomendado. Cuando estaba en la tierra, le agradaba considerar la *fórmula de canonización* —así se expresaba— que Jesucristo mismo nos ha dejado en el Evangelio: *muy bien, siervo bueno y fiel; ya que fuiste fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho. Entra en el gozo de tu señor* (Mt 25, 21).

Nosotros, ahora, nos llenamos de alegría y agradecimiento a Dios, porque

verdaderamente se han cumplido en Josemaría Escrivá de Balaguer, *siervo bueno y fiel*, esas palabras inspiradas. ¡Ojalá sean muchas, en todos los lugares de la tierra, las personas que hagan de su vida entera —en el trabajo y en el descanso, en la familia y en la sociedad— un servicio completo, ilusionado, alegre y perseverante, a la obra de la Redención! ¡Ojalá *los caminos divinos de la tierra*, abiertos por Dios Nuestro Señor en medio del mundo, empleando al Beato Josemaría Escrivá de Balaguer como instrumento fidelísimo, sean transitados por un número incontable de almas, que extiendan por todos los rincones de esta tierra nuestra la paz y la alegría de los seguidores de Jesucristo!

Nuove edizioni delle opere del Beato Josemaría Escrivá

Nel semestre in cui è stato beatificato, hanno visto la luce molte ristampe e nuove edizioni delle opere finora pubblicate del Fondatore dell'Opus Dei.

A Bucarest è stata pubblicata la prima edizione di *Forgia* (in rumeno, “Forja”) presso la casa editrice Societate Adevarul. Anche in Polonia è uscita la prima edizione in lingua polacca di questo libro, intitolato *Kuznia* (Ksiegarnia Sw. Jacka, Katowice).

Prima edizione anche per *Solco*, in versione bilingue spagnolo-basco (“Goldatz-Surco”), per i tipi delle Ed. Rialp, di Madrid.

La casa editrice Mondadori, di Milano, ha pubblicato *Cammino*, il libro più noto del Beato Josemaría Escrivá, mentre a cura delle edizioni ARES è stata stampata la trilogia di *Cammino-Solco-Forgia* in volume unico. La stessa pubblicazione, in spagnolo, è arrivata alla terza edizione, per i tipi della Rialp.

Hanno visto la luce la 55^a e 56^a edizione spagnola di *Cammino* e la 5^a venezuelana (Ediciones Vértice, Caracas), mentre le Ed. Don Bosco ne hanno curato la 1^a boliviana. Dello stesso libro sono apparse in Messico la 19^a e la 20^a edizione, quest'ultima in formato tascabile, nonché la 3^a di *Solco* e di *Forgia*, tutte poste in vendita come “edizioni commemorative per la beatificazione dell'Autore”, a cura della Editora de Revistas.

Un'altra novità riguarda la prima edizione in coreano dell'opera *Santo Rosario*. Dello stesso libro è stata approntata in Francia la 4^a edizione (Le Laurier, Parigi).

Della raccolta di omelie *E' Gesù che passa*, è stata pubblicata la prima versione in polacco, intitolata *Chrystus przechodzi* (ksiegarnia Sw. Jacka, Katowice), nonché la 2^a edizione a Santa Fe de Bogotá, in Colombia. La stessa opera, in versione inglese, è stata pubblicata in edizione tascabile presso la Sinag-tala Publishers di Manila. Del secondo volume di omelie, dal titolo *Amici di Dio*, hanno visto la luce a Madrid le edizioni 17^a e 18^a (Ed. Rialp), e a Santa Fe de Bogotá la 2^a (Procodes).

La *Via Crucis* è giunta alla sua 19^a edizione spagnola, alla 2^a filippina e alla 9^a messicana; sempre nel Messico sono state pubblicate altre edizioni commemorative delle opere del Beato Josemaría Escrivá: la 11^a del *Santo Rosario* e la 4^a della raccolta di interviste concesse dal Fondatore dell'Opus Dei intitolata *Colloqui con Mons. Escrivá*.